



La Santa Sede

LITURGIA EUCARÍSTICA EN LA PLAZA DE SAN JUAN DE LETRÁN

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo

Jueves 6 de junio de 1985

1. «...*Esto es mi cuerpo*».

«*Esta es mi sangre, sangre de la alianza*» (Mc 14, 22. 24).

Estas son las palabras que marcaron con un nuevo sello el plan divino de la salvación del hombre. Son las palabras que instituyeron la Nueva Alianza.

Para pronunciarlas —para instituir el Sacramento de su Cuerpo y Sangre— Cristo mandó a los discípulos *que encontraran un lugar adecuado*: «¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?» (Mc 14, 14).

Esa habitación, *el lugar de la última Cena*, se llama Cenáculo. Cada año la Iglesia que está en Roma se reúne en su catedral, la basílica *de Letrán*, para celebrar en ella el memorial de la última Cena: el Jueves Santo. Este lugar ha venido a ser el *cenáculo de la Iglesia de Roma*.

2. También hoy estamos en este lugar. Venimos aquí todos, para renovar la memoria del Sacramento, por medio del cual Jesús ha dado a la humanidad su Cuerpo y su Sangre como comida y bebida.

Este año renovamos el recuerdo de la institución de la Eucaristía, leyendo el Evangelio *según San Marcos*.

«Mientras comían, tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo: "Tomad, esto es mi Cuerpo". Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio y todos

bebieron. Y les dijo: "Esta es mi Sangre, sangre de la alianza, derramada por todos"» (*Mc 14, 22-24*).

3. «Sangre de la alianza».

Jesús pronuncia estas palabras ante los Apóstoles, cuyo número de *doce* corresponde a las doce tribus de Israel.

Ante estas *doce tribus*, como leemos hoy en el *libro del Éxodo*, Moisés «bajó y contó al pueblo todo lo que había dicho el Señor y todos sus mandatos... Tomó el documento de la alianza y se lo leyó en alta voz al pueblo» (*Ex 24, 3-7*).

Las tribus de Israel contestaron: «Haremos todo lo que dice el Señor». Entonces «Moisés tomó la sangre y roció al pueblo, diciendo: "Esta es la sangre de la alianza que hace el Señor con vosotros, sobre todos estos mandatos"» (*Ex 24, 7-8*).

La sangre de la alianza.

La antigua alianza, sellada con la sangre de los animales que habían de ser inmolados.

4. En el Cenáculo de Jerusalén Cristo se manifiesta mediador de la Nueva Alianza, El que «con su propia sangre» debe entrar «una vez para siempre en el santuario..., consiguiendo la liberación eterna» (*Heb 9, 12*).

El mediador de la Nueva Alianza.

El Sumo Sacerdote de los bienes futuros.

Cristo, «que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar... la conciencia de las obras muertas, llevándonos al culto del Dios vivo» (*Heb 9, 14*).

El Sumo Sacerdote de los bienes futuros: «y así,.. los que son llamados pueden recibir la promesa de la herencia eterna» (*Heb 9, 15*).

Cristo, *mediador de la Nueva y Eterna Alianza* con su propia Sangre.

5. Esta Sangre es la sangre de su Cuerpo. Y el Cuerpo es el templo de su Sangre. Cuando inmoló su Cuerpo en la cruz, *derramará la Sangre*, convirtiéndose en holocausto total del Sacrificio perfecto.

«Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el

reino de Dios» (Mc 14, 25).

Por medio del Sacrificio instituido en el Cenáculo, bajo las especies del pan y del vino, Cristo —Sumo Sacerdote de los bienes futuros— «entra una vez para siempre en el santuario».

Y nos introduce en este lugar.

El Sacramento del Cuerpo y de la Sangre es *el Sacramento del camino*. De ese camino a lo largo del cual el hombre avanza hacia sus destinos eternos en Dios mismo. Del camino que desde la vida inmersa en la temporalidad, desde la vida que pasa, nos *lleva a la vida eterna*.

6. *Hoy nos hemos reunido de nuevo aquí en Letrán*. Como el Jueves Santo. Pero esta vez no dentro de la basílica, que recuerda el lugar cerrado del Cenáculo, sino *en el exterior*.

Dispuestos para partir.

Efectivamente, debemos ir en procesión por las calles de Roma, para *dar testimonio* de que el Cuerpo y la Sangre de Cristo, de que la Eucaristía es el Sacramento del camino: de ese camino a lo largo del cual nos guía el Dios de la Alianza.

«Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre» (Jn 6, 51).

Queremos dar testimonio precisamente *en medio de nuestra comunidad*. Y queremos decir a *todos los hombres*: el camino del hombre es el camino de la vida eterna.

En medio de esta ciudad, en medio de estas calles, de estos edificios, de estos lugares de la multiforme actividad del hombre, *dirigida hacia la temporalidad*, queremos hablar del *Sacramento de la vida eterna* en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

7. Queremos dar testimonio de la Alianza.

Dios, que ha creado al hombre a su imagen y semejanza, es desde el principio el Dios de la Alianza.

El Dios de Abrahán. El Dios de Moisés. El Dios de Jesucristo.

La Eucaristía: el Sacramento de la Alianza del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, *de la Alianza que es eterna*.

Esta es la Alianza que abarca a todos. Esta Sangre llega a todos y salva a todos.

En medio de aquellos que han olvidado, / de aquellos, que no ven, / de aquellos, que son indiferentes, / de aquellos, que son contrarios, / gritamos:

¿Qué daré al Señor yo, hombre, / por todo lo que me ha dado?

Por encima de todas las complicaciones de la historia, por encima de las amenazas de nuestro tiempo, por encima de las peripecias de los corazones humanos, de las mentes y de las conciencias, *la Iglesia «alza el cáliz de la salvación»* (cfr. *Sal* 115/116, 131; alza la Eucaristía).